



Mariano Ferrer charla con Germán Kortabarria, de ELA.



Omer Oke, a la derecha, director de Inmigración del Gobierno vasco.



Juan Cruz Alli, del CDN navarro, saluda a Peru Bazako (PNV).

Víctimas del terrorismo, sindicalistas y ciudadanos justifican su presencia en la marcha para reclamar el fin de la violencia y pedir a los partidos que se sienten a debatir

## «Que no nos quiten el diálogo»

L. S. BILBAO

Nada más llegar a La Casilla, José Ángel Kintana y Begotxu García se acercaron a una de las mesas instaladas por Elkarri para estampar sus firmas y apoyar la iniciativa popular para poner en marcha un foro de diálogo en los parlamentos vascos y navarro. Han venido a Bilbao desde Labastida, en Álava, porque desean apoyar a un movimiento que ven «al margen de las ligaduras de los partidos políticos» y que, a su juicio, «está proponiendo en el País Vasco algo que todos queremos hacer: que dialoguemos entre todos y que desaparezca el terrorismo». Este hombre de pelo entrecano quiere agradecer a Elkarri el que, en este

momento, se atreva a llevar a la calle «lo que estoy pensando yo en casa», y por eso se desplazó a la capital vizcaína para marchar junto a miles de ciudadanos llegados de todos los escenarios de Euzkadi y Navarra.

También de otros puntos del globo. Instantes antes del comienzo de la marcha, Gorka Espiau, portavoz de Elkarri, atendía en inglés a las preguntas de un reportero finlandés. A escasos metros, Jonan Fernández daba la bienvenida a Alec Reid, el sacerdote irlandés que colabora con el movimiento social por el diálogo y el acuerdo desde hace años.

En las primeras filas marchaban Cristina Sagarzazu y Rosa Rodero, viudas de los ertzainas ase-

sinados por ETA Montxo Doral y Joseba Goikoetxea. «Si algo hay que reclamar a los políticos es que se sienten todos y busquen soluciones, porque, al fin y al cabo, están para eso, para buscar soluciones a los problemas que se plantean en la sociedad», decía la primera.

Su presencia en la manifestación era un grito en favor de la unidad de los partidos en dos temas fundamentales: «El respeto a los derechos humanos, la vida entre ellos, pero también la libertad de movimientos y de expresión de opiniones, y el diálogo como única salida». Rosa Rodero, por su parte, alertaba del peligro de que «nos quiten el diálogo», porque «sin él no se puede llegar a ningún sitio».



Julen Madariaga, a la izquierda, se dirige a Henrike Knörr, vicepresidente de Euskaltzaindia.

## LO QUE NOS UNE

Elkarri ha construido buena parte de su discurso tratando de consignar aquellos valores y aspiraciones que a su entender unen a la sociedad vasca. El problema es que esas referencias de unidad son nominales. Todos estamos por los derechos humanos y el diálogo. Pero el significado que esos conceptos tienen para unos resulta insufrible para otros. Para un seguidor de ETA, derechos humanos significa defender las aspiraciones de sus presos, hasta el punto de convertirlos en causa que justifica la perpetuación

del terrorismo. Por su parte, miles de quienes se manifestaron ayer en Bilbao tienden a situar en un mismo plano la conculcación de los derechos de esos presos con la terrible injusticia que representa la violencia etarra. Sin embargo, para muchas víctimas del terrorismo, la situación que viven los presos y el paulatino aumento de estos constituye uno de los pocos motivos de satisfacción y esperanza que les quedan.

Algo semejante ocurre con el diálogo. El término evoca una condición de la convivencia: la

comunicación y la transacción constante. Pero quienes hablan de diálogo están dando por supuesto que corresponde a los otros realizar las necesarias renunciaciones que exige toda negociación. Así, el diálogo se convierte en el método por el que uno acaba debilitando las convicciones del otro a base de sostener de forma inamovible las propias. En ocasiones, el que dice ser dialogante es, en realidad, tan intransigente como el que rehuye cualquier comunicación.

Podríamos dar con otros términos —como libertad o demo-

cracia— en torno a cuya apariencia nominal nos encontraríamos todos los vascos. Pero precisamente nuestras divisiones se basan en la distinta concepción que alberga cada cual respecto a esos valores nominalmente positivos.

¿No hay nada que nos una? Sí, nos une que vivimos todos aquí. Y nos une el deseo de poder seguir viviendo aquí. Pero, cada día que pasa, eso tiene que ver más con una coincidencia accidental que con un anhelo compartido de unidad. La legitimidad de las ideas es enarbolada como derecho inalienable a pretender que los demás modifiquen las suyas. El ideal unitario se desvanece desde el mismo momento en que la comunidad nacionalista toma

conciencia de contar con una mayoría que se niega a diluir en aras de otra más amplia. De ahí que las coincidencias nominales no reflejen la realidad, sino que proyectan una apariencia que contribuye al enmascaramiento de la verdad de las cosas.

Quienes ayer asistieron a la cita de Bilbao demostraron estar unidos y compartir una misma mirada sobre los problemas del país. Sin embargo, sería muy conveniente que los convocantes se decidieran a llamar a las cosas por su nombre. Porque las voluntades que ayer se hicieron patentes, por mayoritarias que pudieran llegar a ser, forman parte más del catálogo de causas de división que de la relación de factores de unidad.

KEPA AULESTIA

